

Dichosos los que creen

(Lc 1, 39-45)

Es curiosa la circularidad del evangelio de este domingo. No se sabe muy bien si María va a ayudar a su prima en su embarazo tardío, como tantas veces se dice, o si es Isabel quien recibe a María para ayudarla en el proceso de comprensión de su llamada a la maternidad divina. Y la verdad es que esta pequeña oscuridad del texto puede ser una pequeña luz que nos ayude a comprendernos a nosotros mismos.

María se encuentra desconcertada, asustada, dubitativa... ante la elección de Dios, ante el radical cambio de perspectiva de su vida, ante las pequeñas posibilidades que encuentra en sí misma y la grandeza de la misión que ponen en sus manos. Es posible que de esta pequeña sierva salga el gran mesías esperado. ¡Qué difícil es dar a luz la confianza!, nosotros lo sabemos bien. ¿No es el mundo demasiado grande para nosotros? Cuántas veces vamos acobardados pensando que estamos superados de antemano. Cuántos miedos escondidos en nuestro corazón, cuántas justificaciones para no afrontar los retos fuertes de la vida, cuántos pasos atrás por falta de fe. Pero Dios nos ha elegido. Pero ¿Cómo lo sabemos?

Aquí entra Isabel. “Mira a Isabel -dice el ángel- que ha concebido un hijo en su vejez”. A María se le da un signo para fortalecer su fe. También Dios pone en nuestro camino algunos creyentes cercanos, que en su pequeñez y confiados en Dios, han sabido hacer brotar de su vida fortaleza, esperanza, amor en medio de la dureza de su vida y de sus pruebas. Isabel confirma el mensaje del ángel con su palabra (“dichosa tú que has creído”) y con su vida (mírame el Señor me ha hecho fecunda en mi vejez). ¿No conocemos creyentes que nos lo dicen con su vida y su palabra? ¿No son ellos un signo en nuestro camino? ¿Oiremos cómo entre líneas brota del cielo la palabra de Dios que nos dice: bendito tú que aceptas concebir a mi Hijo en la carne de tu vida, de tus sentimientos, de tus actividades... Isabel ayuda así a María a dar a luz a Cristo en la fe.

Estamos tan acobardados por nuestras oscuridades interiores, por nuestras pequeñas torpezas y miedos, por nuestras cómodas seguridades, por el arrullo estúpido del “sed felices sin dolor” que no somos capaces de confiar en que la luz de Dios habita en nuestra carne queriendo iluminar también hoy la vida del mundo. María con su ejemplo nos invita a aceptar el reto, e Isabel espera alegrarse al contemplar en nosotros signos de vitalidad confiada y repetir: Dichosos vosotros, Hijos de María, porque habéis creído. ¿Dará un vuelco el fruto bendito de nuestro propio seno?